

Los colombianistas de ayer y de hoy

COLOMBIANISTAS DE AYER:

Guillermo Hernández de Alba
(1906-1988)

El 17 de julio de 1988, apenas tres días antes del 20 de julio, fiesta nacional y local por la que él había hecho tanto para conmemorar, murió, en Bogotá, de 82 años, Guillermo Hernández de Alba.

Bogotano de nacimiento. Don Guillermo era vástago de una familia de arquitectos y constructores que habían embellecido con sus obras el centro de Bogotá como, además, a su entonces suburbio, Chapinero, en el siglo diez y nueve. Estudió en el Colegio de San Bartolomé y en él recibió una sólida formación clásica, graduándose de bachiller en 1925. Siguió sus estudios profesionales en el Colegio de Nuestra Señora del Rosario. Ambas instituciones tendrían en Hernández un exalumno leal.

Como muchos intelectuales colombianos de su generación, don Guillermo ocupó una variedad de puestos oficiales, comenzando con su primer cargo en 1932 y terminando, en su caso, medio siglo después. Casi todos estos nombramientos se dieron en el área de la cultura. Fue durante varias épocas jefe del Archivo Histórico Nacional, catedrático en el Rosario, director de la Biblioteca Nacional, jefe del Departamento de Historia Cultural del Instituto Caro y Cuervo,

y nada menos que fundador-director de la Casa-Museo del 20 de Julio de 1810.

A menudo, su carrera de funcionario coincidió con sus propios intereses históricos y culturales. Así, su preocupación por la conservación del resto de las edificaciones del casco colonial, aún restantes después de la destrucción del 9 de abril de 1948 y de las acciones demoledoras de varios empresarios indiferentes a su valor histórico, es digna de recordarse.

A los veinticuatro años, en 1930, nuestro biografiado fue elegido miembro correspondiente de la Academia Colombiana de Historia. En aquella corporación, gozaría del contacto social y apoyo crítico de un número de colegas mayores distinguidos como fueron don Eduardo Posada y don José María Restrepo Sáenz, e.g. Su ejemplo y precepto dejaron sus huellas en don Guillermo. En sus propios escritos históricos, Hernández supo combinar un estilo castellano elocuente con una concienzuda familiaridad con las fuentes archivísticas e impresas. Su énfasis histórico se desplegaba más en temas políticos que en los económicos y sociales, reflejo de su lugar y de su tiempo. No obstante esto, en don Guillermo, la historia cultural colombiana tenía también uno de sus próceres y uno de sus más entusiastas exponentes.

Comenzando con su esfuerzo conjunto con el padre Daniel Restrepo S. J., *El Colegio de San Bartolomé* (1928), y continuando

con su propia *Crónica del muy ilustre Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario en Santa Fe de Bogotá* (2 tomos: 1938-1940), ambas obras minas de datos biográficos, Hernández siguió su deseo de ampliar su consideración de la educación superior en Colombia en sus ensayos, *Aspectos de la cultura en Colombia* (1947). Reunió y editó en 1953, en suntuosa edición, las *Analectas del Colegio Mayor del Rosario*. El año de 1969 verá la aparición del volumen inicial de la importante colección documental extraída principalmente del Archivo Histórico Nacional, los *Documentos para la historia de la educación en Colombia* (1540-) la cual, en su séptimo volumen, publicado en 1986, había llegado a 1807. Es de esperarse que los últimos volúmenes aún inéditos de este notable esfuerzo se impriman pronto. En 1977, Hernández, en colaboración con don Juan Carrasquilla Botero, sacó la informativa *Historia de la Biblioteca Nacional de Colombia*.

Nutridas como son las obras descritas arriba, ellas representan apenas una fracción de la producción histórica de don Guillermo. Así, su interés en la historia del arte se puede constatar en los comienzos de la década de 1930, cuando empezó a publicar una serie de artículos sobre los templos históricos de la capital, sobre sus constructores, artífices y artistas. Algunos de ellos, con ciertos artículos adicionales, los juntó en su pionero *Teatro del arte colonial. Primera jornada en Santa Fe de Bogotá* (1938), cuyas ilustraciones y texto revelaron el rico legado artístico aún existente por entonces en la urbe. Esta obra fue seguida por su *Guía de Bogotá. Arte y tradición* (1946), en la que en cuarenta y cuatro bien elaboradas viñetas, su autor describió los principales edificios y los sitios históricamente importantes de su ciudad natal. Una década después apareció su *Arte hispánico en Colombia* (1955) y once años después, su *Gregorio Vásquez de Arce y Ceballos* (1966), un estudio sobre el pintor religioso santafereño del siglo XVII.

Otra muestra de su aprecio y de sus conocimientos de la obra artística nacional es su deleitable *Gloria, arte y humor en José*

María Espinosa que destaca los dibujos, grabados y algunas de las caricaturas de aquel memorialista, juvenil prócer, y miniaturista bogotano (1968).

Los últimos dos esfuerzos de don Guillermo en esta área son una edición de las *Acuarelas de la Comisión Corográfica* (1850-1859) que se imprimió en 1986, y otra, con Alvaro Rengifo Pardo, de las pinturas del talentoso paisajista de nuestro siglo, *Ricardo Gómez Campuzano* (1987).

No obstante la importancia de sus contribuciones a la historia de la educación y a la historia cultural de Colombia que se han señalado, el enfoque histórico principal de Hernández de Alba sería en el final de la Colonia, especialmente el siglo XVIII y la época de la independencia. Su interés en la vida y carrera de don Antonio Nariño (1765-1823), el Precursor, era de toda la vida, y produjo de su pluma una serie de obras tan informativas como bien investigadas. Estas comenzaron con su *Diez años desconocidos en la vida de Nariño* (1799-1809) (1933), que se nutrió de cartas del prócer de su propia posesión. Otros intereses investigativos le desviarían del Precursor, pero una estada de tres años como cónsul colombiano en Madrid (1947-1950) le permitió volver a ese tema. Un resultado de su estancia en España fue su valiosa compilación *El proceso de Nariño a la luz de los documentos inéditos* (1958), extraída de los fondos del Archivo Histórico Nacional de Madrid. En 1966, don Guillermo sacó su edición de las *Cartas íntimas de Nariño* y, entre 1980 y 1984, en dos volúmenes, una nueva edición, muy enriquecida, de *El proceso de Nariño...* En 1983, publicó su *Iconografía de don Antonio Nariño y recuerdos de su vida* y, en 1985, su *Casa de Nariño*. Todos estos esfuerzos son muestra de su intención de realizar una obra magna sobre el Precursor, que no logró terminar.

Si el fogoso disidente Nariño lo cautivó, también estuvo entusiasmado con la figura histórica del piadoso médico gaditano, doctor José Celestino Mutis (1732-1808), prócer científico de la Colonia y director de la Real Expedición Botánica. Un resultado inicial

de ese interés fue su cuidadosa edición en 1947 del *Archivo epistolar del sabio naturalista José Celestino Mutis* en dos volúmenes, que contiene manuscritos entresacados de archivos particulares, públicos y de fuentes impresas, principalmente colombianos. Durante el trienio en que estuvo en la Villa y Corte, don Guillermo pudo investigar en el Real Jardín Botánico, donde halló un tesoro en documentación mutisiana. Logró transcribir y editar el *Diario de observaciones...* del sabio publicado en dos volúmenes, entre 1957 y 1958, y, en 1968, dar a conocer una edición grandemente aumentada del *Archivo epistolar de... don José Celestino Mutis* en dos nutridos tomos. Finalmente, publicó los *Escritos científicos de don José Celestino Mutis* en 1983, y, en 1986, su compilación *Historia documental de la Real Expedición Botánica... después de la muerte de su director don José Celestino Mutis 1808-1952*.

Por prolija que parezca la obra de Hernández de Alba, por lo citado anteriormente, la relación que se ha hecho es en verdad sólo una selección, que omite mencionar media docena de obras más, así como varios centenares de artículos que, en alguna forma, tratan todos del pasado colombiano.

Como colega, fue Guillermo Hernández de Alba muy servicial y, además, "raconteur" ameno y persona de conocimientos sin par sobre los hombres y hechos del siglo diez y ocho neogranadino. Era al morir decano de la Academia Colombiana de Historia, miembro por elección de por lo menos otras veinticuatro entidades culturales en tres continentes. Entre éstas se deben citar la Hispanic Society of America, la Academy of American Franciscan History y la Real Academia de la Historia de España. Los muchos amigos y colegas que deja en Colombia, en Venezuela y en España lamentan su desaparición.

J. León Helguera
Universidad de Vanderbilt

Taylor Parks
(1898-1966)

A diferencia del primer historiador norteamericano "de ayer" a quien se rindió homenaje en un número anterior, el profesor J. Fred Rippy, el historiador cuyo nombre encabeza esta nota es casi desconocido hoy en día. Su obra principal, *Colombia and the United States 1765-1934* (Duke University Press, 1935) no se tradujo al español y por lo menos en Colombia no es fácilmente accesible. Constituye, sin embargo, el único texto general sobre historia de las relaciones entre Colombia y los Estados Unidos que se ha publicado hasta ahora en idioma inglés.

El doctor Parks nació, igual que Rippy — autor de *El capital norteamericano y la penetración imperialista en Colombia*— en un pueblo pequeño del Estado sureño de Tennessee, y compartió con él la curiosa costumbre de sustituir una sola letra inicial por el primer nombre. Es más, Parks fue alumno de Rippy en la Universidad de Duke, donde redactó la tesis doctoral que después se convirtió en el libro referido. Es un ejemplo bastante típico de la historia diplomática tradicional: una narración cronológica de idas y venidas de cónsules y ministros y del intercambio de notas oficiales, etcétera, enmarcada dentro de una presentación un poco simplista de la historia colombiana en general (a pesar de lo cual para algunos lectores norteamericanos en un tiempo hacía las veces de un texto de historia de Colombia). En todo caso, se fundamenta en un examen minucioso del archivo diplomático norteamericano y de las fuentes impresas tanto colombianas como de Estados Unidos, y es evidente, eso sí, la simpatía del autor por Colombia, en su análisis de la cuestión de Panamá entre otras cosas.

Parks enseñó historia brevemente en Duke, después en Berea College, Kentucky, hasta aceptar en 1945 una posición de historiador en el Departamento de Estado. Allí se quedó hasta su jubilación en 1965; seis meses más tarde se murió. Como historiador oficial, había desempeñado una va-